

OXEN

LOS IMPERDIBLES

PRÓXIMAMENTE, DOS NUEVOS TITULOS
DE LA SERIE OXEN

El hombre oscuro

La llama congelada

JENS HENRIK JENSEN

OXEN

LA PRIMERA VÍCTIMA

Traducción de Beatriz Galán Echevarría



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2019

Título original: *De hængte hunde*

© Jens Henrik Jensen og JP/Politikens Hus A/S 2012

© de la traducción, 2019 por Beatriz Galán Echevarría

© de esta edición, 2019 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2019

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20, 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

DL B 10.174-2019

ISBN: 978-84-17128-33-3

Código IBIC: FA

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

1

Era como si el perro hubiese estirado el cuello en un desesperado intento de olisquear la vida por última vez, pero en vano: su hocico ya no podía percibir el aroma de los almendros en flor.

El descubrimiento se veía reflejado en sus ojos, inertes, a la débil luz del amanecer. Llevaba así un buen rato. Su peso había tensado la soga que le rodeaba el cuello.

El fuerte viento del febrero andaluz sopló sobre el embalse de Guadalhorce-Guadalteba y balanceó su pesado cuerpo. Una nube de flores danzaba en el aire, cual copos de nieve rosas y brillantes, y un pétalo fue a posarse sobre su lengua, como si de un beso de gracia se tratase.

Un beso que llegaba demasiado tarde.

La luz del sol empezó a abrirse paso entre el sinuoso manto de flores, y la silueta marrón fue vislumbrándose cada vez mejor. Era un perro grande. Un rottweiler. Un macho.

Algo más allá de la ladera, tras el bosque de almendros y el pinar, se veía un conjunto de edificios blancos. Un camino sin asfaltar y, al fondo, frente a ellos, una puerta de hierro forjado con un cartel en el que podía leerse «Finca Frederiksen».

Los pocos lugareños que aún residían en la zona, pese a la llegada de un gran número de extranjeros adinerados duran-

te los últimos años, recordaban que en su día aquella finca de cuento de hadas se había llamado «Finca Fernández». El nuevo propietario debía de ser sueco, o noruego, o alemán, o danés. Fuera como fuese, los últimos inquilinos de aquella finca junto al lago llevaban allí unos cuatro o cinco años y, sin duda, provenían del norte. Lo cierto es que a la gente de la zona le traía sin cuidado saber de dónde eran. En su opinión, el cambio de nombre había sido una falta de respeto, y nadie había querido tener nada que ver con los extranjeros. De modo que los dejaron allí, sin más, con sus riquezas y sus vallas altas, y ajenos por completo a la comunidad.

Poco después de medianoche, el propietario de la finca, Hannibal Frederiksen, salió en busca de su perro, pero fue en vano. Por primera vez en la vida, Señor no había vuelto a casa tras su habitual paseo nocturno, y Hannibal se sintió francamente desconcertado.

Despertó hacia las siete de la mañana, tras pasar una noche desapacible e inquieta, se vistió sin hacer ruido para no despertar a su esposa y salió a la calle a buscar al can.

Cuando, media hora después, llegó a la última fila de almendros que quedaban junto al lago, comprendió por qué Señor no había vuelto a casa.

La imagen lo dejó petrificado.

2

Los movimientos reflejos con los que exploró el entorno, como si fuese un radar, llevaban a pensar que podía tratarse de un bandido profesional. Se cubrió la gorra con la capucha de la chaqueta y echó un vistazo a su alrededor. Miró hacia la derecha, hacia la izquierda, hacia atrás... Una vez, y luego otra. Saltó la elevada cerca de alambre con sorprendente facilidad, mientras su perro samoyedo blanco se quedaba quieto a la sombra del muro. Obediente; casi invisible.

Saltó y aterrizó ágilmente sobre ambos pies. Bueno, quizá no tan ágilmente como antaño, pero casi sin tambalearse. Sabía a dónde quería ir y corrió hasta el contenedor más cercano. Colocó su llave inglesa casera sobre la corta barra de hierro triangular, la giró hacia la izquierda y abrió la pesada tapa.

La primera vez que hizo aquel gesto le pareció una verdadera tortura. Una experiencia que lo llevó literalmente al límite. Un viaje de humillación y envilecimiento que durante unos segundos lo dejó fuera de combate. El bochorno se enganchó a su piel como un parásito, y allí se instaló varias semanas, corroyéndolo.

Pero en algún momento desapareció de escena y ya nunca más volvió a visitarlo. Lo único que le quedó fue un obvio «Si tienes hambre, come».

Trepó por el vergonzoso umbral de la sociedad de la opulencia hasta el lugar en el que el derroche se le ofrecía como un tesoro. En el primer contenedor había verduras.

Encendió su linterna y empezó a buscar. Así, palpando en la oscuridad, recuperó un viejo recuerdo: ir a comprar al supermercado, en una concurrida mañana de sábado, entre el bullicio de las familias. Prácticamente igual que ahora, solo que con el carro de la compra y su hijo sentado en la sillita desplegable. Tanto entonces como ahora sus elecciones respondían a meros impulsos.

¿Pepinos? Por qué no. ¿Tomates? De acuerdo... ¿Lechuga? Buena idea. ¿Cebollas? Venga. Y patatas, claro.

Todo iba a parar al fondo de su mochila. Lo último fue una bandeja de champiñones que llevaban tres días caducados.

Dejó el primer contenedor, se acercó al siguiente y miró en su interior. Productos cárnicos. La fecha de caducidad de aquellos alimentos podía adivinarse por la peste que rezumaban en la oscuridad, pero a él no le importó. Con la carne solo tenía que ser un poco más cuidadoso, eso era todo. Fue cogiendo los paquetes con una mano, observándolos por ambos lados, enfocándolos con la linterna, y fue marcándolos para sus adentros con el pulgar hacia arriba o hacia abajo. Todo parecía indicar que mañana tendría albóndigas para cenar. Con cebollas, probablemente.

Sisaba y devoraba alegremente alimentos que ningún otro danés habría querido llevarse a la boca: cualquier cosa que hubiera caducado uno o dos días atrás. Sus ricos compatriotas se habían acostumbrado a hundir la mano en los estantes de los supermercados y sacar los productos más escondidos (los más frescos), en lugar de quedarse con los que estaban en primer término y tenían, por tanto, la fecha de caducidad más cercana. De ese modo, cada uno de ellos contribuía a enviar

a la basura infinidad de alimentos ciertamente comestibles. Desde ese punto de vista, lo que él hacía no podía considerarse un delito.

Metió en su mochila medio kilo de carne picada. Se había convertido en un rastreador de basura profesional.

Así llamaban los jóvenes a las personas como él: rastreadores de basura. De hecho, la idea se le había ocurrido al escuchar una conversación entre dos niños en la parada del autobús. El término «rastreador» lo llevó a una página web y de allí a un grupo de Facebook en el que se intercambiaban recomendaciones y consejos sobre lugares adecuados para rastrear comida. Y así fue como aterrizó en aquel lugar: el patio trasero de un supermercado del noroeste de Copenhague.

También es cierto que no le quedaba otra opción. Llevaba ya mucho tiempo sin blanca. Durante los últimos meses se había pagado el alquiler recogiendo envases de botellas y ayudando al maldito dueño de la finca con todo tipo de reparaciones.

Cada día era lo mismo: en cuanto se ponía el sol, empezaba una búsqueda interminable por las rutas ya conocidas. Aquel día, ya a punto de acabar, había recaudado casi cien coronas a cambio de envases de botellas, yendo desde el punto de encuentro de los borrachos (el pantano de Utterslev) hasta el cementerio de Bispebjerg, y pasando por el parque de Fælled y luego de vuelta a Nordhavn. Sabía dónde buscar: bancos del parque, garajes subterráneos y paradas de autobús. Al amparo de la oscuridad. Botella a botella. Corona a corona.

Dejó el segundo contenedor y se disponía a mirar en el tercero para ver si encontraba unos huevos o un poco de queso, cuando alguien le gritó:

—¡Eh, tú! ¿Qué haces aquí?

Dos figuras aparecieron junto al último contenedor. Una era pequeña y tan ancha como alta; la otra, espigada y enjuta. No las había oído llegar.

—¿Hola? ¿Eres mudo o qué? Esto de aquí es nuestro. Sal de ahí o te pegamos una paliza, vagabundo de mierda...

El tipo bajo y ancho alzó su puño, amenazante.

Cuando se apartó del contenedor debió de caérsele la capucha, porque de pronto el tío pasó a hablarle con exagerada dulzura:

—Pero ¿qué ven mis ojos? ¿Llevas coleta? ¡Eres como *una* pequeño poni! Joder, yo siempre he querido montar en poni.

Durante unos instantes se quedó allí, indeciso. Una voz en su cabeza le gritó que se enfrentara a aquellos idiotas, y sintió que sus músculos se tensaban.

—Vamos, pequeño poni —siguió espetándole el tío.

—Deja que se vaya —le susurró el larguirucho, quien luego, subiendo el volumen, añadió—: ¡Eh, tú! ¡A ver si lo entiendes: aquí mandamos nosotros, así que lárgate, hijo de puta!

Su determinación se esfumó con la misma celeridad con la que había aparecido. Se levantó la capucha, se colgó la mochila al hombro y se mantuvo encorvado.

—Está bien, lo siento... ya me marcho.

El bajo y ancho siguió provocándole.

—¿Se supone que eso es una disculpa, pequeño poni?

—Lo siento. De verdad que lo siento.

Como un chucho asustado, se mantuvo a una distancia prudencial de aquellos tipos, y luego dio media vuelta, trepó la cerca y se dejó caer al otro lado.

Con un breve silbido puso a su perro en movimiento, como si le devolviera la vida, y pronto desapareció en la oscuridad.

Mascullando para sus adentros, se felicitó a sí mismo mientras recorría el camino de vuelta a casa con Señor al

lado. El simple hecho de haber tomado una decisión sin perder los estribos le parecía un verdadero triunfo personal.

—¿Y tú qué opinas, Whitey? He estado bastante bien, ¿verdad? ¡Y eso que me han insultado! Tendrías que haberlos oído. ¡Vaya par de cabrones!

El perro lo escuchaba y asentía.

La puerta delantera de su casa quedaba sumida en la oscuridad y estaba tapiada con varios tablones de madera. Llevaba viviendo así desde que lo obligaron a abandonar su domicilio, hacía ya una eternidad.

Cruzó el patio y entró por la parte trasera.

La puerta rozaba con el áspero suelo de hormigón. Se requería una cierta habilidad, y bastante fuerza, para abrirla del todo. Entró en el oscuro pasillo. A duras penas podía distinguir la montaña de revistas y correos comerciales que no hacían más que acumularse junto a la entrada.

Hacía mucho tiempo, en otro mundo, en otro pasillo, él había dedicado parte del día a clasificar su correo. De hecho, al principio siguió abriendo las cartas...

Cuando dejó de leer el correo también dejó de tener información, pero no fue capaz de determinar la diferencia. Nunca antes había echado de menos una carta, y desde que se había mudado de piso no había recibido ni una sola en su dirección actual. Quizá fuera porque nunca informó a nadie de que se había mudado.

—¡Vamos, entra, Whitey!

El perro obedeció de buena gana, trotó por la puerta abierta, saltó al sofá y se recostó con un suspiro de cansancio.

Por su parte, él vació su mochila en la estrecha cocina y de camino a la habitación fue quitándose algo de ropa; primero la chaqueta y luego el jersey. Al final dio una patada a sus botas, empujándolas hacia un rincón, y se dejó caer en el

sofá junto al Señor White. Ese era el verdadero nombre de su compañero, para ser exactos.

El tratamiento de Señor le confería un toque de respeto y anticuada cortesía. Whitey era su versión informal y White, el enfoque más prosaico al que a veces tendía.

Aquella había sido una tarde de lo más provechosa, solo ligeramente fastidiada por aquellos dos idiotas que le habían impedido hacerse con unos huevos y un poco de queso.

Encendió el televisor, hizo un poco de zapeo y se quedó con un programa de *Animal Planet* en el que unos buitres del Serengueti daban buena cuenta de un pedazo de carroña.

En un rato iría a la cocina y prepararía un bocadillo para Whitey y para él.

Durante unos minutos se quedó observando el drama africano de la tele, hasta que perdió la concentración y su mirada se desvió hacia aquel lugar de la pared, blanca y sucia, que se había convertido en su santuario: un recorte de periódico colgado con dos chinchetas. Se sabía de memoria el título y la introducción.

El artículo llevaba ya mucho tiempo ahí colgado, pero él seguía dándole vueltas al asunto. ¿Podría ser esa su salvación?

¿Sería su muerte o su liberación? ¿O quizá lo conduciría a algún lugar de gracia intermedia?

3

La puerta de hierro de la «Finca Frederiksen» se abrió automáticamente cuando Hannibal Frederiksen apretó el botón del mando a distancia. Giró a la izquierda por la carretera de montaña y pisó el acelerador.

En circunstancias normales habría disfrutado del mero placer de la conducción. El potente motor de su Mercedes CLS 350, de color gris antracita, lo obedeció de buena gana, y el cambio automático lo catapultó por el largo y recto tramo que precedía a la primera curva.

Observó el manto de flores que se extendía a su izquierda, hasta el mar, y, dejándose llevar por una inspiración repentina, frenó y se detuvo al margen de la carretera.

Quedaban pocos días para poder observar los almendros. Un paisaje que él llevaba ya cinco años teniendo el lujo de disfrutar. Ciudadanos de todo el mundo se desplazaban hasta distintas zonas de España para admirar la belleza sobrenatural de aquellos árboles, y ahí estaba él, con su propio bosque de almendros a orillas del estanque de Guadalhorce-Guadalteba; un bosque que prácticamente se fusionaba con la brillante superficie del agua, en aquel momento inmóvil ante él.

Sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

La alfombra de flores escondía un secreto. Habían pasado ya dos semanas. Él no le había contado a su esposa lo que había descubierto aquella mañana en el campo de almendros, pues ella era demasiado sensible para ese tipo de cosas.

Bien pensado, la pregunta era de dónde había sacado él la fortaleza. Con todo lo que había pasado... y de pronto el cuerpo de Señor balanceándose con el viento... No podía pensar en otra cosa. Ojalá aún se sintiera igual de fuerte que antes, cuando era joven. Poderoso, fuerte y despiadado. Ahora los recuerdos lo atormentaban de tal modo que apenas podía pensar con claridad.

Reanudó su marcha y pisó el acelerador para alejarse de allí. Fueron precisamente su maldito miedo y su indecisión los que le llevaron aquella mañana al aeropuerto de Málaga para recoger a sus huéspedes, cuyo cometido consistía en investigar exhaustivamente cuál era el origen de su insomnio de las últimas noches.

Cuando llegó al acantilado frenó con fuerza. Tenía frente a sí un largo tramo de curvas cerradas que no le gustaba nada, de modo que reanudó la marcha con extrema precaución. Prefería mil veces las carreteras rectas con buena visibilidad. Una vez más, se preguntó si aquello se debía a la inseguridad propia de la vejez.

Por unos instantes reflexionó acerca de la juventud perdida y, justo cuando estaba a punto de coger la primera curva, sumido como estaba en sus pensamientos, algo impactó contra su coche. Fue un empujón por la parte de atrás, un choque que le chirrió en los oídos y le clavó el cinturón en el pecho.

Estupefacto, miró por el espejo retrovisor y vio un pequeño coche de color rojo. El conductor habría perdido el control, obviamente, y se habría precipitado contra su parachoques posterior. Más le valía tener en regla los papeles del seguro... Frederiksen redujo la velocidad y tuvo la lucidez

suficiente como para marcar sus movimientos con el intermitente. Justo delante de él se abría una explanada de hierba en la que podrían redactar el parte amistoso.

Sin embargo, el coche rojo le propinó otra embestida, y de nuevo tuvo la sensación de verse impelido hacia delante. Pero ¿qué demonios estaba pasando?

Notó que las rodillas le temblaban sin que pudiera controlarlas. Aferró el volante con ambas manos y, aunque el coche se le fue algo hacia la derecha, logró enderezarlo con determinación.

Aquello era intencionado. El conductor de aquel trasto estaba haciendo aquello a propósito. Tenía que largarse de allí.

Sin apartar la vista del camino, pisó el acelerador a fondo durante el breve tramo de recta que precedía a la siguiente curva. Miró por el retrovisor. Había ganado algo de distancia, pero ahora... ahora se acababa la recta y tenía que bajar el ritmo. Su coche estaba desnivelado. Aun así, logró entrar en la curva bastante bien.

Apenas unos segundos después, el maldito coche volvía a estar enganchado a su parachoques y lo embistió por tercera vez. La pared de roca y el muro protector centellearon ante sus ojos. De nuevo una recta y la posibilidad de ganar algo de distancia, pero eso lo llevó a entrar demasiado rápido en la siguiente curva. El neumático delantero chocó contra el muro antes de que lograra desacelerar el pesado vehículo. Por el rabillo del ojo vio algo de color rojo en el retrovisor. Una nueva embestida y un nuevo latigazo del cinturón. Tenía los nudillos blancos como la tiza.

Ahí estaba de vuelta. Esta vez lo alcanzó por un lado y sacó a su Mercedes del carril.

Notó sangre en la boca. ¿Se había mordido el labio? Trató desesperadamente de contrarrestar los embates de aquel conductor chalado y dio un volantazo. La línea continua que

separaba los carriles desapareció de su vista. Se fue hacia la izquierda, luego hacia la derecha... Era incapaz de controlar su vehículo, y notó que se precipitaba de nuevo, inevitablemente, hacia la izquierda. Hacia el muro protector.

Su consciencia solo alcanzó a percibir el choque relativamente, periféricamente. Se sintió suspendido en la nada, ingravido, desconectado del suelo. El volante se volvió ligero como un copo de nieve. El cielo azul cubrió por completo la luna delantera, y Hannibal Frederiksen sintió que flotaba mientras su cuerpo empezaba a congelarse.

El conductor del pequeño coche rojo frenó bruscamente y salió del vehículo a toda velocidad. Llegó a tiempo de ver al Mercedes chocar brutalmente contra las rocas, dar varias vueltas de campana y arañarse con las ramas de los árboles, antes de detenerse por completo, cayendo de costado sobre una cornisa de piedra que se había formado a pocos metros del fondo del valle.

No hubo explosión ni bola de fuego como en las películas. Cuando la nube de polvo se hubo asentado, el amasijo de metal que hacía apenas unos minutos había tenido aspecto de coche se quedó quieto y en silencio; oscuro y deforme.

El insólito conductor regresó a su vehículo y desapareció silenciosamente tras la siguiente curva.

Para entonces, Frederiksen llevaba ya varios minutos muerto. El primer golpe de su Mercedes gris antracita contra el acantilado le había partido el cuello.

4

A quello no estaba siendo una primavera de verdad. Los habían engañado. Al otro lado de las sucias ventanas del tren, el paisaje continuaba siendo marrón y seco; inhóspito.

Se mantuvo tenso en su asiento, con su boina vieja de color verde militar encasquetada en la frente. El Señor White yacía, atento, a sus pies. Ambos se sentían algo intimidados por la cantidad de pasajeros que los rodeaban, todos de un humor tan provocativamente bueno que parecía que el tren fuera a llevarlos a un destino nuevo, mejor.

Los que habían subido en Hadsten y Langå, como si estuvieran de fiesta, habían bajado luego en Randers. En Hobro se incorporaron algunas personas más, y en Arden todo un grupo provisto de banderas rojas y ruidosas bolsas de plástico que ocupó el vagón y lo llenó con su bullicio. Era el primer día de mayo, así que sí, era primavera, y además era el día internacional del trabajador.

El grupo de Arden entonó una canción, y al acabar hicieron un brindis mientras gritaban «¡Que les den!».

Le habría encantado saber a quiénes tenían que darles y el qué, aunque, por supuesto, lo que de verdad le habría encantado era que se pusieran todos a buscar trabajo en lugar de

andar por ahí brindando en un tren. ¿Es que ya no quedaban trabajadores honestos en Dinamarca? ¿Habían sido todos sustituidos por los asiáticos, cuyos subcontratos resultaban mucho más baratos?

—¡... y a trabajar, vivos o muertos!

Recorrió el vagón con la mirada, sin detenerse demasiado en nada, pero no le pareció reconocer en aquellos tipos ninguna cara marcada por las inclemencias del tiempo ni ningunas manos curtidas por el exceso de trabajo. Ni un solo héroe de la clase trabajadora. Solo dedos grasientos sujetando latas de cerveza tibia, mejillas regordetas y culos anchos embudidos en pantalones tejanos.

¿Adónde se dirigirían? Probablemente a Aalborg...

El Señor White dio un respingo porque un borracho de unos cuarenta años le pisó la cola, pero en cuanto entendió lo que había pasado se relajó de nuevo. Parecía sentirse seguro en el tren, a pesar de todo.

Al contrario de lo que le pasaba a su perro, él se notaba francamente incómodo. En ese vagón había demasiada gente para su gusto.

Echó un vistazo al pegajoso horario de trenes que llevaba en la mano. Tenía que bajar en la siguiente estación. La voz enlatada del conductor lo rescataría anunciando la próxima parada, y entonces se vería libre de aquella opresiva sensación.

Y empezaría su futuro.

A la porra con la primavera.

Se recostó en su asiento, tratando de fingir que el resto de los pasajeros no existía en absoluto. Quería meterse en sí mismo, hundirse cada vez más adentro y desaparecer.

Fue entonces cuando sintió una lengua húmeda en la mano. El Señor White necesitaba mimos. Así era su amigo, su fiel compañero: lo único que le pedía de vez en cuando era un poco de cariño.

Era de color blanco. Por eso se llamaba White. Y era macho. Por eso su nombre completo era Señor White. Sencillo, ¿no es cierto? Y aunque en su vida no hubiera nada que resultara tan evidente, al menos su amistad con el samoyedo respondía a una lógica simple y clara.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el tintineo de algunas botellas y el rugido de uno de los antihéroes de la clase trabajadora, vociferando a su espalda el saludo de los mosqueteros. Y a continuación, un brindis a varias voces.

Por fin pudo oír el mensaje liberador: «Próxima parada, Skørping. Pasajeros con destino Skørping, prepárense para bajar».

Le pareció que transcurría una eternidad hasta que el tren se detuvo del todo y abrió sus puertas. El Señor White saltó al andén y él le fue a la zaga. Se puso la mochila y la enorme caja de plástico al hombro y se apoyó brevemente en la pared de ladrillo del edificio de la estación.

Solo cuando el tren empezó a desaparecer en el horizonte y el último pasajero hubo abandonado el andén, él tiró del Señor White hacia el otro lado de la estación.

Había allí un enorme edificio de color amarillo pastel en el que podía leerse un letrero que decía «Estación de la cultura». ¿Había realmente en Skørping tanta cultura como para llenar con ella todo un edificio?

Pero qué sabría él, si solo había pasado por allí un par de veces en toda su vida.

Se puso a llover justo cuando acabó de cruzar las vías y empezó a abrirse paso hacia la ciudad.

La lluvia se intensificó. Él se detuvo, sacó su viejo chubasquero de la mochila y se lo puso. Solía usarlo para recoger y guardar botellas, y tenía ya varios agujeros. Después siguió andando por el camino que conducía a Rebild, una pequeña ciudad a pocos kilómetros de distancia.

Tenía la mente en blanco; ni siquiera la lluvia lo molestaba. Lo único que le importaba era seguir avanzando. Como al ansioso Señor White. En algún lugar de su subconsciente resonó el recuerdo del artículo de periódico que seguramente seguiría colgado en la pared de aquel húmedo piso durante un buen tiempo: hasta el día en que alguien se decidiera a empujar la pesada puerta y se encontrara cara a cara con la situación.

Él, en cambio, se había marchado de la calle Rentemester para siempre. Era solo un recuerdo.

Fue precisamente el artículo de periódico el que le había dado la idea. Que al final se tratara de Skørping se debía principalmente a que podía llegarse en tren (porque no quedaba lo que se dice a un tiro de piedra de Copenhague), así como las ventajas de la zona, pues ya había tenido alguna experiencia por allí en el pasado. Era solo un recuerdo.

Nadie en el mundo sabía que se había marchado de la ciudad. ¿A quién podría habérselo dicho, en realidad? El único nombre que se le ocurría era el de L. T. Fritsen, a quien ya había mencionado la idea en algún momento, cuando se sentaban juntos después del trabajo en el pequeño garaje de Fritsen y conversaban un rato. La idea de marcharse de allí... Pero aquello había sido hacía al menos un año. Fritsen y él eran amigos, pero no se pasaban el día enganchados, como otros.

Miró hacia el cielo y parpadeó. La cortina de lluvia era pesada y azul, casi negra, sin un solo espacio entre las nubes. Iba a diluviar durante un buen rato. Tal vez el resto del día.

Pronto llegaron a Rebild, pero pasaron de largo a paso ligero y cruzaron el gran Parque Nacional, plagado de brezos, en el que todos los años tenía lugar el Festival de la Amistad danesa-americana para conmemorar el Día de la Independencia de los Estados Unidos.

Bajo la lluvia no se veía ni un solo coche, ni un transeúnte. Era perfecto.

Con el cartel de la ciudad ya a su espalda, afrontaron la última etapa de su viaje: la que los conduciría por la vasta zona del bosque en el que cazadores furtivos, ladrones y demás gentuza se habían refugiado siempre, históricamente. Aquí había una treintena de bosques, cada uno con su propio nombre, y juntos formaban el conjunto de bosques más grande de Dinamarca: el prominente bosque del Rold.

5

Mostrando los dientes, amenazador, el pastor alemán gruñó hacia la figura vestida de negro que lo sorprendió en su caseta. El miedo provocó que se le erizara el pelo del lomo, aunque aquello no lo hizo parecer menos peligroso. Entonces empezó a ladrar.

La corpulenta figura dio un par de pasos rápidos hacia delante, y entonces se dio la vuelta y salió corriendo en la otra dirección. Eso fue precisamente lo que provocó la reacción del perro. El hombre se volvió hacia él y se preparó. El animal lo alcanzó de inmediato.

El pastor alemán dio un buen salto y atrapó el brazo izquierdo del humano, quien lo mantuvo firme frente a sí, protegiéndose el cuerpo. Las mandíbulas del perro se cerraron sobre su brazo, bien acolchado.

Se oyó un breve chasquido en el momento en el que el cuello canino se rompió. La presión en el brazo desapareció de inmediato y el animal cayó al suelo, inerte.

El hombre se quedó inmóvil unos segundos. Sintió la necesidad de quitarse el pasamontañas para refrescarse y respirar mejor, pero sabía que no podía correr ese riesgo. Tal como iba vestido no era más que oscuridad, a excepción de la estrecha abertura frente a los ojos y el agujero para la boca. Sintió su

pulso acelerado, aunque no había pasado miedo, y dedicó al perro muerto una mirada de satisfacción, absolutamente convencido de que uno nunca olvida lo que ha experimentado en su propia piel.

Al final del enorme jardín había una hilera de farolas, y tras ellas un edificio que debía de ser la casa de invitados. El jardín estaba rodeado de árboles altos y arbustos densos. Los vecinos más cercanos quedaban muy lejos, afortunadamente, aunque no podía excluir por completo la posibilidad de que alguno de ellos hubiera oído los ladridos. Miró a su alrededor. Las luces de ese barrio tan extremadamente exclusivo, Sejs-Svejbæk, brillaban en la oscuridad como si de joyas se tratasen, y subían por la colina y acompañaban a la carretera que avanzaba paralela a la costa de Borre Sø.

Él había fijado su base en Silkeborg, a solo dos millas de distancia, y había pasado varios días analizando la zona y preparándolo todo hasta el más mínimo detalle.

Asió al perro por las patas traseras y lo arrastró por la pradera hasta la lujosa mansión, que se alzaba oscura frente a él. Se acercó a la puerta de entrada y dejó al animal. El día anterior había alquilado una canoa y había estado observando la orilla con unos prismáticos. Enseguida tuvo claro que aquel iba a ser el lugar ideal para hacerlo. Frente a la enorme ventana delantera de la casa había un haya. Era perfecto.

Enfocó la ventana con su linterna y vio que ahí quedaba la cocina. No era una cocina común sino un espacio diáfano en el que dominaban el acero pulido y la madera oscura. Hasta la estantería para los vinos tenía unas dimensiones descomunales.

Por cuanto había alcanzado a descubrir, el propietario de la mansión se llamaba Mogens Bergsøe, era abogado y vivía solo. Y, obviamente, era un hombre rico. Incluso en la cocina tenía obras de arte colgadas de la pared.

Arrastró el perro hasta el árbol, le colocó la soga al cuello y lanzó el extremo suelto de la misma por encima de la rama más baja del haya. Volvió a coger la soga y alzó el perro con un par de estirones largos y potentes. Luego hizo un nudo alrededor del tronco y dio un paso atrás.

Cuando el abogado llegara a casa, dejara su Porsche en el garaje y abriera la puerta principal, seguro que no tardaría mucho en ir a la cocina. Tal vez se sirviera un vaso de leche, o una cerveza, antes de ir a dormir, o tal vez se preparara un pan con mantequilla...

Y en cuanto encendiera la luz, vería lo que colgaba justo frente a su ventana.